

taud, demuestran que costó mucho trabajo impedir que Bonaparte hiciese fusilar al duque de Angulema, no obstante el documento oficial del *Monitor*: él encontraba mal que este príncipe se hubiera defendido. Y, no obstante, el fugitivo de la isla de Elba, al salir de Fontainebleau, había encargado a los soldados que fuesen fieles al monarca que Francia se había elegido. La familia de Bonaparte fué respetada; la reina Hortensia había aceptado de Luis XVIII el título de duquesa de Saint-Leu, y Murat, que aun reinaba en Nápoles, no habría visto vendido su reino sino por el señor de Talleyrand durante el congreso de Viena.

¡Epoca deplorable, en que a todos falta la franqueza, y en que sólo la juventud es sincera, porque aun toca a su cuna! Napoleón declara solemnemente que renuncia a la corona; se marcha y vuelve al cabo de nueve meses: Benjamín Constant publica su enérgica protesta contra el tirano, y cambia en veinticuatro horas; el mariscal Soult anima a las tropas contra su antiguo general, y algunos días después se ríe a carcajadas de su proclama en el gabinete de Napoleón en las Tullerías, y es mayor general del ejército en Waterlloo; el mariscal Ney besa las manos del rey, jurando llevarle a Bonaparte encerrado en una caja de hierro, y entrega a éste todos los cueros que manda. ¡Ay! ¿Y el rey de Francia?... Afirma que a los sesenta años no puede terminar mejor su carrera que muriendo en defensa de su pueblo... ¡y huyó a Gante! Al ver esta imposibilidad de verdad en los sentimientos, este desacuerdo entre las palabras y los hechos, se siente uno acometido de disgusto hacia la especie humana.

El 20 de marzo, Luis XVIII pretendía morir en medio de Francia, y, si cumple su palabra, hubiera podido durar la legitimidad un siglo: la misma naturaleza parecía haber quitado al viejo rey la facultad de retirarse, encadenándolo con achaques de salud; pero los destinos futuros de la raza humana hubieran sido trabados por el cumplimiento de la resolución del autor de la Carta. Napoleón acudió en auxilio del porvenir: este Cristo del mal tomó por la mano al nuevo paralítico, y le dijo: «Levantaos y llevaos vuestro lecho: *Surge, tolle lectum tuum.*»

FUGA DEL REY. — MARCHO CON LA SEÑORA DE CHATEAUBRIAND. — DIFICULTADES DEL CAMINO. — EL DUQUE DE ORLEANS Y EL PRÍNCIPE DE CONDÉ. — TOURNAY, BRUSELAS. — RECUERDOS. — EL DUQUE DE RICHELIEU. — EL REY ME HACE LLAMAR A GANTE. — LOS CIEN DÍAS EN GANTE. — EL REY Y SU CONSEJO. — SOY MINISTRO INTERINO DE GOBERNACIÓN. — SEÑOR DE LALLY-TOLENDAL. — LA DUQUESA DE DURAS. — EL ABATE LOUIS Y EL CONDE BEUGNOT. — EL ABATE DE MONTESQUIEU. — COMIDA DE MARISCOS. — MONITOR DE GANTE. — MI DICTAMEN AL REY. — EFECTO DE ESTE DICTAMEN EN PARÍS. — FALSIFICACIÓN.

Es indudable que se meditaba una fuga: en el temor de ser detenidos, no se avisaba ni aun a aquellos que, como yo, habrían sido fusilados una hora después de la entrada de Bonaparte en París. En los Campos Elíseos encontré al duque de Richelieu, y me dijo: «Nos engañan, amigo, y me marchó, porque no pienso esperar sólo al emperador en las Tullerías.»

La señora de Chateaubriand envió un criado al Carrousel, con orden de no volver sino con la certidumbre de la fuga del rey, y como a media noche no hubiera vuelto, me acosté. Acababa de meterme en la cama, cuando entró el señor Clausel de Coussergues, y nos dijo que el rey se había marchado, que se dirigía hacia Lille. Me llevaba esta noticia de parte del canceller, el cual, sabiendo el peligro en que me hallaba, violaba por mí el secreto, y me enviaba doce mil francos, a descontar de mis sueldos de ministro en Suecia. Pero yo me obstiné en quedarme hasta estar seguro de la salida del rey: el doméstico enviado a la descubierta volvió, y habiendo visto desfilar los coches de la corte, la señora de Chateaubriand me hizo entrar en su carruaje, el 20 de marzo a las cuatro de la mañana. Se apoderó de mí tal acceso de rabia, que no sabía dónde iba ni lo que hacía.

Salimos por la puerta de Saint-Martin; el camino estaba en muy mal estado, el tiempo lluvioso, y la señora de Chateaubriand, un poco indisputa, mirando a cada momento por el cristal del fondo si no éramos perseguidos. Dormimos en Amiens, donde nació Du Cange, después en Arras, patria de Robespierre,

donde fué reconocido. Habiendo enviado a pedir caballos el 22 por la mañana, el maestro de postas nos dijo que estaban retenidos por un general, que llevaba a Lille la noticia de la entrada triunfal del emperador y rey en París. La señora de Chateaubriand temblaba de miedo, no por ella, sino por mí; pero corrí a la casa de postas, y con dinero vencí la dificultad.

Al llegar a las murallas de Lille, el 23 a las dos de la mañana, encontramos las puertas cerradas, con orden de no abrirlas a nadie: no pudieron o no quisieron decirnos si el rey estaba en la ciudad. Por algunos luses comprometí al postillón a que nos llevase a Tournay, cuyo camino había hecho yo a pie y de noche en 1792, acompañado de mi hermano.

En Tournay me enteré de que Luis XVIII había entrado ciertamente en Lille, con el mariscal Mortier, y que pensaba defenderse allí. Entonces envié un correo al señor de Blacas, suplicándole me diese un permiso para ser recibido en la plaza. El correo volvió con un permiso del comandante, pero sin una palabra del señor de Blacas. Dejé a la señora de Chateaubriand en Tournay, y subí en el carruaje para trasladarme a Lille, cuando llegó el príncipe de Condé. Por él supimos que el rey había partido, y que el mariscal Mortier le hacía escoltar hasta la frontera. Según estas explicaciones, era seguro que Luis XVIII no estaba ya en Lille cuando llegó mi carta.

El duque de Orleans siguió de cerca al príncipe de Condé: la ambigüedad de su declaración y de su conducta llevaba el sello de su carácter. En cuanto al anciano príncipe de Condé, la emigración era su dios Lar; él no tenía miedo del señor Bonaparte, y se batía si querían, o se retiraba si lo deseaban: las cosas estaban un poco revueltas en su cerebro, y no sabía a punto fijo si se detendría en Roeroi para dar allí una batalla, o si iría a comer al *Gran-Cerf*. Algunas horas antes que nosotros se puso en camino, encargándome recomendase el café de la posada a las personas de su servidumbre que había dejado atrás. Ignoraba que yo hubiera presentado la dimisión cuando la muerte de su nieto; no estaba muy seguro de haber tenido un nieto, y sólo sentía en su nombre cierto acrecentamiento de gloria que muy bien podía pertenecer a algún Condé de quien ya no se acordaba.

¿Recordáis mi primer paso por Tournay con mi hermano, cuando mi primera emigración? ¿Os acordáis del hombre metamorfoseado en asno, de la joven de cuyas orejas salían espigas de trigo y de la lluvia de cuervos que todo lo incendiaba? En 1815 nosotros éramos también un diluvio de cuervos, pero no poníamos fuego en parte alguna. ¡Ay! ya no estaba yo con mi feliz hermano. Entre 1792 y 1815 habían pasado la República y el Imperio; ¡cuántas revoluciones se habían realizado también en mi vida! Vosotras, jóvenes generaciones del momento, dejad correr veintitrés años, y diréis a mi sepulcro dónde están vuestros amores y vuestras ilusiones de hoy.

De Tournay nos dirigimos a Bruselas, donde no encontré ni al barón de Breteuil, ni a Rivarol, ni a aquellos jóvenes ayudantes de campo, ya muertos o viejos, lo cual es lo mismo. Ninguna noticia del barbero que me había dado asilo. Yo no tomé el mosquete, sino la pluma; pues de soldado me había convertido en emborronado de papel. Luis XVIII estaba en Gante, adonde le habían conducido el señor de Blacas y el señor de Duras, con la intención primera de embarcarlo para Inglaterra. Si el rey hubiese consentido, jamás hubiera vuelto a subir al trono.

Habiendo entrado en una posada para examinar un aposento, encontré al duque de Richelieu fumando y medio acostado en un sofá en el fondo de una sala oscura. Me habló de los príncipes de la manera más brutal; me dijo que se iba a Rusia, y que no quería volver a oír hablar de esta gente. La señora duquesa de Duras tuvo el dolor de perder a su sobrina en Bruselas.

La capital del Brabante me causa horror, pues nunca me ha servido sino de paso a mis destierros: siempre ha producido desgracias a mí o a mis amigos.

Una orden del rey me llamó a Gante. Los voluntarios realistas y el reducido ejército del duque de Berry habían sido licenciados en Bethune, permaneciendo sólo doscientos hombres en la casa del rey, que fueron acantonados en Alost: mis dos sobrinos, Luis y Cristián de Chateaubriand, formaban parte de este cuerpo.

Me habían dado un billete de alojamiento, del cual no me aproveché: una baronesa, cuyo nombre he olvidado, vino a ver a la señora de Chateaubriand a la posada, ofreciéndonos un aposento en su



casa: «No hagáis ningún caso—nos decía—de lo que os contará mi marido, pues tiene la cabeza... ¿comprendéis? Mi hija también es algo extraña, pues tiene momentos terribles; ¡pobre niña! pero, por lo demás, es dulce como un cordero. ¡Ay! no es ella la que me causa más penas: es mi hijo Luis, quien, si Dios no lo corrige, será peor que su padre.» La señora de Chateaubriand rehusó cortésmente ir a vivir en casa de personas tan razonables.

El rey formó su consejo: el palacio de este gran monarca consistía en una casa del reino de los Países Bajos, situada en una ciudad que, aunque país natal de Carlos V, había sido la capital de una prefectura de Napoleón: estos dos hombres abarcan entre sí un gran número de acontecimientos y de siglos.

Estando en Londres el abate de Montesquiou, Luis XVIII me nombró ministro *interino de Gobernación*. Mi correspondencia con los departamentos no me daba mucho trabajo, pues llevaba fácilmente al día mi correspondencia con los prefectos, subprefectos, corregidores y adjuntos de nuestras buenas ciudades, en la parte interior de nuestras fronteras; no hacía componer los caminos, y dejaba desplomarse los campanarios; mi presupuesto no me enriquecía, ni tenía fondos secretos, y seguía siendo siempre ministro plenipotenciario de S. M. cerca del rey de Suecia, que, como su compatriota Enrique IV, reinaba por derecho de conquista, ya que no por el de nacimiento. Alrededor de una mesa de tapete verde discurríamos en el gabinete del rey. El señor de Lally-Tolendal, que, si mal no recuerdo, era ministro de Instrucción pública, pronunciaba discursos más amplios y pomposos aún que su persona, citando a sus ilustres abuelos en los reveses de Irlanda, y mezclando el proceso de su padre con el de Carlos I y Luis XVI. Por la noche descansaba de las lágrimas, sudores y palabras que había derramado en el consejo con una dama venida de París por entusiasmo a su genio.

La duquesa de Duras había ido a reunirse con su esposo, entre los desterrados. Ya no quiero hablar mal de la desgracia, porque he pasado tres años al lado de esta mujer excelente, hablando de todo lo que las inteligencias y los corazones rectos pueden encontrar en una conformidad de gustos, de ideas, de principios y de sentimientos. La señora de Duras era ambiciosa por mí, pues fué la

primera que conoció lo que yo podía valer en política, y sentía en el alma las causas que me alejaban de los consejos del monarca; pero más sentía aún los obstáculos que mi carácter oponía a mi fortuna, y me reñía y quería corregirme de mi franqueza y candidez, haciéndome adquirir hábitos de cortesía que ella misma no podía sufrir.

Desde que perdí esta persona tan generosa, de alma tan noble, que reunía a la fuerza del pensamiento de madama de Staël la gracia del talento de la señora Lafayette, no he dejado de reprocharme las faltas con que algunas veces he podido afligir a corazones que me eran adictos. Cuando nuestros amigos han bajado al sepulcro, ¿de qué medio disponemos para reparar nuestras faltas? Nuestras inútiles penas y arrepentimientos, ¿son un remedio a los disgustos que les hemos causado? Más hubieran preferido ellos una sonrisa nuestra durante su vida, que todas nuestras lágrimas después de su muerte.

La encantadora Clara (la señora duquesa de Rauzan) estaba en Gante, con su madre, y entre los dos componíamos malás coplas sobre un aire de *La Tirolésa*. Yo he tenido sobre mis rodillas muchas niñas hermosas que ahora son abuelas de jóvenes. Cuando os alejáis de una mujer, casada en presencia vuestra a los diez y seis años, y volvéis otros diez y seis más tarde, la encontráis de la misma edad: «¡Ah, señora; no ha pasado un día por usted!» Seguramente; pero esto lo decía a su hija; a su hija, a quien también veréis conducir al altar. Pero usted, triste testigo de los dos himeneos, guarda esos diez y seis años: regalo de boda que apresurará su propio enlace con una dama blanca, un poco flaca.

También estaba en Gante el mariscal Víctor, viviendo con una sencillez admirable, sin pedir nada y sin importunar ni una vez al rey, a quien apenas veía: no sé si en alguna ocasión se le hizo el honor de invitarlo a comer con S. M. En lo sucesivo he vuelto a encontrar al mariscal Víctor; fui colega suyo en el ministerio, y siempre he encontrado en él la misma excelente naturaleza.

El señor de Vaublanc y el señor Caille nos alcanzaron después. El primero decía tener de todo en su cartera. «¿Quiere de Montesquiou? Aquí está. ¿De Bossuet? Aquí tengo.» A medida que los acontecimientos parecían ir cambiando, llegaban nuevos viajeros.

El abate Louis y el conde Beugnot se aparearon en la posada donde yo estaba alojado. La señora de Chateaubriand estaba enferma, y yo la velaba; los dos recién venidos se instalaron en una habitación, separada solamente de la de mi mujer por un miserable tabique que hacía imposible no oír, a menos de taparse los oídos. Entre once y doce de la noche los vecinos empezaron a hablar, y el abate Louis decía al señor Beugnot: «¿Tú, ministro? ¡Ya no lo serás, pues sólo has hecho necesidades!» No entendí claramente la respuesta del conde Beugnot, pero habló de treinta y tres millones dejados en el tesoro real. A lo que parece, el abate dejó caer de cólera una silla, y, a pesar del ruido, oí estas palabras: «¿El duque de Angulema? Es preciso que compre bienes nacionales en las puertas de París. Yo vendería el resto de los bosques del Estado, cortarían todos los olmos de los caminos, el bosque de Boulogne, los Campos Elíseos; ¿para qué sirve todo eso?» La brutalidad constituía el primer mérito del señor Louis, y su talento era un amor estúpido a los intereses materiales. En la jerga de la época llamaban al señor Louis un hombre *especial*; pero su especialidad financiera lo había conducido a sepultar el dinero de los contribuyentes en el tesoro, para que Napoleón lo tomase.

El abate Louis había ido a Gante a reclamar su ministerio, y estaba en muy buenas relaciones con el señor de Talleyrand, con quien había oficiado solemnemente en la primera federación del Campo de Marte: el obispo hacía de sacerdote, el abate Louis de diácono y el de Desrenaudes de subdiácono. Al recordar el señor de Talleyrand esta admirable profanación, decía el barón Louis: «¡Abate, qué bien estabas de diácono en el Campo de Marte!»

El rey *cristianísimo* se había puesto al abrigo de toda clase de gazmoñería, pues poseía en su consejo a un obispo casado, señor de Talleyrand; un sacerdote concubinario, señor Louis, y un abate poco practicante, señor de Montesquiou.

Este último, hombre tan ardiente como un ético, y de cierta facilidad de palabras, tenía la inteligencia estrecha y denigrante, el corazón rencoroso, el carácter áspero. Un día que yo había perorado en el Luxemburgo por la libertad de la prensa, al pasar por delante de mí el descendiente de Clovis, me dió un gran golpe con su rodilla en una pierna, cosa

que no era de buen gusto: yo se lo devolví, aunque esto no era urbano. El abate de Montesquiou llamaba festivamente al señor de Lally-Tolendal: «Un animal a la inglesa.»

En el río de Gante se pesca un pez blanco bastante sabroso, que íbamos a comer *tutti quanti* en un bodegón esperando las batallas y el fin de los imperios. El señor Laborie no faltaba nunca a la cita: lo vi por vez primera en Savigny, cuando, huyendo de Bonaparte, entró por una ventana en casa de la señora de Beaumont, y se salvó por otra. Incansable en el trabajo, dispuesto a hacer servicios como otros gustan recibirlos, el señor Laborie ha sido calumniado: la calumnia no es la acusación del calumniado, sino la excusa del calumniador.

También vi en las comidas de peces blancos al señor Mounier, hombre probo y razonable. El señor Guizot se dignaba honrarnos con su presencia.

Se había fundado en Gante un *Monitor*, y mi dictamen de 12 de mayo, insertado en este diario, prueba que mis sentimientos sobre la libertad de la prensa y sobre la dominación extranjera han sido los mismos en todo tiempo. Hoy puedo citar estos párrafos, que no desmienten mi vida:

«Señor: os disponíais a coronar las instituciones cuya base habíais puesto... Habíais determinado una época para el principio de la senaduría hereditaria; el ministerio había adquirido más unidad; los ministros habrían sido miembros de las dos Cámaras, según el espíritu mismo de la Carta, y se habría propuesto una ley a fin de que pudieran elegirse miembros de la Cámara de los Diputados antes de los cuarenta años, y que los ciudadanos tuviesen una verdadera carrera política; y, por último, se iba a tratar de la adopción de un código penal para los delitos de la prensa; adoptado el cual, ésta habría sido completamente libre, porque esta libertad es inseparable de todo gobierno representativo.

»Y éste es el momento, señor, de hacer de ello la protesta solemne; todos los ministros, todos los miembros de vuestro consejo son inviolablemente adictos a los principios de una prudente libertad. Permitidnos, señor, deciroslo: nosotros estamos dispuestos a derramar por



vos la última gota de nuestra sangre; a seguirnos hasta el fin de la tierra; a partir con vos las tribulaciones que el Todopoderoso tenga a bien enviarnos, porque creemos ante Dios que mantendréis la constitución que disteis a vuestro pueblo, y que el deseo más sincero de vuestra alma regia es la libertad de los franceses. A ser de otra manera, señor, siempre habríamos muerto a vuestros pies defendiendo vuestra sagrada persona, pero ya no habríamos sido más que soldados, habiendo dejado de ser vuestros consejeros y vuestros ministros.

«Señor: en este instante participamos de vuestra regia tristeza, y no hay uno solo de vuestros consejeros y ministros que no diese su vida por prevenir la invasión de Francia. ¡Sois francés, señor, y somos franceses! Sensibles al honor de nuestra patria, orgullosos de la gloria de nuestras armas, admiradores del valor de nuestros soldados, querriamos, en medio de sus batallones, derramar hasta la última gota de nuestra sangre, para llevarlos a la senda de su deber o para compartir con ellos triunfos legítimos. Con el más sincero dolor vemos los males dispuestos a caer sobre nuestro país.»

De esta manera proponía yo dar a la Carta lo que aún le faltaba, y demostraba mi dolor por la nueva invasión que amenazaba a Francia; y, sin embargo, yo sólo era un desterrado cuyos votos estaban en contradicción con los hechos que me podían abrir de nuevo las puertas de mi patria. Estas páginas se escribieron en los Estados de los soberanos aliados, entre reyes y emigrados que detestaban la libertad de la prensa, en medio de ejércitos que marchaban a la conquista, y de los cuales éramos, por decirlo así, prisioneros; estas circunstancias añadían tal vez, alguna fuerza a los sentimientos que me atrevía a manifestar.

Mi dictamen tuvo mucho eco en París, donde fué reimpresso por el señor Le Normant, hijo, quien se jugó la vida en esta ocasión, y por el cual hice todos los esfuerzos del mundo por obtenerle un título estéril de impresor de S. M. Napoleón obró o dejó obrar de una manera poco digna de él; con motivo de la aparición de mi dictamen, se hizo lo que el Directorio había hecho con las *Memorias* de Clery, falsificando trozos notables; yo aparecía como proponiendo a

Luis XVIII las mayores estupideces para el restablecimiento de los derechos feudales, el diezmo del clero y de los bienes nacionales, como si la impresión del trabajo original en el *Monitor de Gante* no confundiese la impostura; pero se necesitaba una mentira de una hora. El encargado era un militar, que fué destituido después de los Cien Días, motivándose su destitución en la conducta que había observado con respecto a mí: entonces me envié sus amigos, y me suplicaron me interpusiera, a fin de que un hombre de mérito no perdiera sus únicos medios de existencia. Escribí al ministro de la Guerra, y obtuve una pensión de retiro para aquel oficial que ya ha muerto, quedando su esposa adicta a la señora de Chateaubriand, por un agradecimiento al cual estaba muy lejos de tener derecho.

No sé por qué diría Napoleón en Santa Elena que yo le había prestado en Gante servicios esenciales; si él juzgaba demasiado favorablemente mi papel, al menos había en su sentimiento una apreciación de mi valor político.

EL BEATERIO. — GRAN COMIDA. — VIAJE DE LA SEÑORA DE CHATEAUBRIAND A OSTENDE. — ANGERS. — UN TARTAMUDO. — MUERTE DE UNA JOVEN INGLESA. — MOVIMIENTO DESACOSTUMBRADO EN GANTE. — EL DUQUE DE WÉLLINGTON. — «MONSIEUR». — LUIS XVIII. — RECUERDOS DE LA HISTORIA DE GANTE. — LA DUQUESA DE ANGULEMA LLEGA A GANTE. — LA SEÑORA DESEZE. — LA DUQUESA DE LEVIS. — EL PABELLÓN MARSAU EN GANTE. — EL SEÑOR GAILLARD. — VISTA SECRETA DE LA BARONESA DE VITROLLES. — BILLETE DE MONSIEUR. — FOUCHÉ.

En Gante me apartaba cuanto podía de esas intrigas antipáticas a mi carácter y miserables a mis ojos, porque en el fondo de nuestra mezquina catástrofe veía yo la catástrofe de la sociedad. Mi refugio contra los ociosos era la *cercía del Beaterio*; recorría este pequeño universo de mujeres, veladas y consagradas a diversas obras cristianas; región tranquila, colocada como las sirtes africanas a la orilla de las tempestades.

Allí era recibido amablemente como el autor de *El Genio del Cristianismo*: por todas partes por donde voy se me acercan los curas, y luego las madres que me llevan sus hijos, y éstos me re-

citan mi capítulo sobre la *primera comunión*. Mi paso por una ciudad católica se anuncia como el de un misionero o el de un médico, y me conmueve esta doble reputación, que es el único recuerdo agradable que de mí conservo; el resto de mi persona y de mi fama me disgusta. También era invitado muchas veces a los festines de la familia de los señores de Ops, padre y madre venerables, rodeados de unos treinta hijos, nietos y biznietos. Una fiesta, a la que me vi obligado a asistir, en casa del señor Coppins se prolongó desde la una de la tarde hasta las ocho de la noche; conté nueve platos; se comenzó por las confituras y se concluyó por chuletas.

Mi ministerio me retenía en Gante, y menos ocupada que yo la señora de Chateaubriand, fué a ver Ostende, donde yo me había embarcado para Jersey en 1792. Desterrado y moribundo, había bajado estos mismos canales, por cuyas orillas me paseaba ahora también desterrado, pero con perfecta salud. Las miserias y las alegrías de mi primera emigración revivían en mi pensamiento, y veía de nuevo Inglaterra, mis compañeros de infortunio, y aquella Carlota, que todavía debía volver a ver. Nadie se crea como yo una sociedad real evocando sombras, hasta el punto de que la vida de mis recuerdos absorbe el sentimiento de mi vida. Hasta personas de quienes jamás me he ocupado, invaden, al morir, mi memoria, como si no pudiese ser compañero mío el que no ha atravesado la tumba, lo cual me lleva a creer que soy un muerto. Donde los otros sólo encuentran una eterna separación, yo encuentro una reunión eterna, y cuando muere uno de mis amigos, es como si se viniese a vivir a mi hogar. A medida que el mundo presente se marcha, vuelve a mí el mundo pasado; y si las generaciones actuales desdeñan a las ya envejecidas, pierden, en cuanto a mí, los gastos de su desprecio, pues yo ni siquiera advierto su existencia.

Después de su viaje a Ostende, hizo la señora de Chateaubriand una correría a Angers, donde vió, en un cementerio, unas almas del purgatorio, de yeso, todas embadurnadas de negro y colorado. En Lovaina me recluté un tartamudo, sabio profesor que vino expresamente a Gante para contemplar un hombre tan extraordinario como el marido de mi mujer, y me dijo: «¡Ilus... trree...!»; su palabra no expresó la admiración que por

mi sentía, y yo le invité a comer conmigo. Cuando el helenista hubo bebido curasao, se desató su lengua, y nos pusimos a charlar sobre los méritos de Tucídides, a quien el vino nos hacía ver claro como el agua. A fuerza de hacer frente a mi huésped, creo que terminé hablando en holandés; al menos yo no me comprendía ya.

La señora de Chateaubriand pasó una noche muy triste en la posada de Angers: una joven inglesa, que había dado a luz hacía poco, estaba expirando, haciendo oír sus clamores por espacio de dos horas; después se debilitó su voz, y un último gemido, que apenas percibió un oído extraño, fué a perderse en un eterno silencio. Los gritos de esta viajera, solitaria y abandonada, parecían preludiar las mil voces de la muerte, dispuestas a alzarse en Waterlío.

La soledad ordinaria de Gante se había hecho más sensible por la cantidad de extranjeros que la animaba entonces. Reclutas belgas e ingleses aprendían el ejercicio en las plazas y bajo los árboles de los paseos; artilleros, proveedores, dragones que trasladaban a tierra trenes de artillería, rebaños de bueyes y caballos, que se agitaban en el aire al bajarlos suspendidos de las gaviatas; las vivanderas que desembarcaban con las mochilas, los hijos y los fusiles de sus maridos, y todos acudían, sin saber por qué, y sin tener interés en ello, a la gran cita de destrucción que les había dado Bonaparte. Se veían políticos gesticulando a lo largo de un canal, al lado de un pescador inmóvil, y a los emigrados trotando de casa del rey a casa de *Monsieur*, y viceversa. El canciller de Francia, señor Dambray, con su casaca verde, su sombrero redondo, y una antigua novela bajo el brazo, encaminándose al consejo para enmendar la carta, y el duque de Levis iba a la corte con unos zapatos rotos, de los que se le salían los pies, porque, valiente y nuevo Aquiles, había sido herido en un talón.

De vez en cuando iba el duque de Wéllington a pasar revistas. Luis XVIII salía después de comer en una carroza de seis caballos, con su primer gentilhomme de cámara y sus guardias, para pasear por Gante, como si estuviese en París; y si encontraba en el camino al duque de Wéllington, le hacía al pasar una ligera seña de protección.

Luis XVIII no perdió jamás el recuerdo de la preeminencia de su cuna;



era en todas partes el monarca, como Dios es Dios, lo mismo en un establo que en un templo, lo mismo en un altar de oro que en uno de barro. Nunca su infortunio le arrancó la más pequeña concesión; su altivez crecía en razón de su abatimiento; su diadema era su nombre, y tenía el aspecto de decir: «Matadme; pero no mataréis los siglos escritos en mi frente.» Si habían raspado sus armas en el Louvre, poco le importaba; ¿no estaban, acaso, grabadas sobre el globo? Se habían enviado agentes para borrarlas de todos los rincones del universo. ¿Las habían borrado en las Indias, en Pondichery, en América, en Lima y en Méjico; en el Oriente, en Antioquía, en Jerusalén, en San Juan de Acre, en el Cairo, en Constantinopla, en Rodas, en Morea, en Occidente, en las murallas de Roma, en los techos de Caserta y del Escorial, en las bóvedas de las salas de Ratisbona y de Westminster, en el blasón de todos los reyes? ¿Las habían arrancado a la brújula, donde parecen anunciar el reinado de las lises en las diversas regiones de la tierra?

La idea fija de la grandeza, de la antigüedad, de la dignidad y majestad de su raza, daba a Luis XVIII un verdadero imperio. Los mismos generales de Napoleón confesaban y sentían su dominación, y estaban más intimidados ante este anciano impotente que ante el señor terrible que los había mandado en cien batallas. En París, cuando el rey concedía a los monarcas triunfantes el honor de comer a su mesa, pasaba sin cumplimiento el primero ante estos príncipes cuyas tropas acampaban en el patio del Louvre: tratábalos como a vasallos que no habían hecho más que cumplir con un deber conduciendo hombres de armas a su señor soberano. En Europa sólo hay una monarquía, y es la de Francia; el destino de las otras monarquías está ligado a la suerte de ésta. Todas las razas regias son modernas al lado de la raza de Hugo Capeto, y casi todas ellas son sus hijas. Nuestro antiguo poder real era la antigua monarquía de la tierra, y desde el destierro de los Capetos datará la época de la expulsión de los reyes.

La fe inmovible del monarca en su sangre es el poder real que le devolvió el cetro, y esta fe fué la que, por dos veces, hizo caer sobre su cabeza una corona por la cual no pretendía Europa agotar su población y sus riquezas. El desterrado sin tropas se encontraba en

todas las batallas que no había dado; Luis XVIII era la legitimidad encarnada, que ha dejado de ser visible cuando él desapareció.

En Gante, como en todos los lugares, daba yo mis paseos aparte. Las barcas que se deslizaban sobre estrechos canales, obligadas a atravesar diez o doce leguas de pradera para llegar al mar, parecían bogar sobre la hierba, y me recordaban las canoas salvajes de los pantanos del Missouri. Detenido a orillas del agua, mis ojos andaban errantes por los campanarios de la ciudad, y la historia se me aparecía sobre las nubes del cielo.

Los ganteses se rebelan contra Enrique de Châtillon, gobernador nombrado por Francia: la mujer de Eduardo III da al mundo Juan de Gante, vástago de la casa de Lancaster, reino popular de Artois. «Buena gente, ¿qué os conmueve? ¿Por qué estáis tan turbados por mí? ¿En qué puedo yo haber excitado vuestra cólera?» «¡Es preciso que muráis!», exclamaba el pueblo: esto es lo que el tiempo nos grita a todos. Después veía a los duques de Borgoña y a los españoles que llegaban: luego la pacificación, los asedios y las conquistas de Gante.

La Flandes marítima fué uno de los primeros acantonamientos de los compañeros de Clodio y de Clovis. Gante, Brujas y sus campiñas suministraban cerea de una décima parte de los granaderos de la antigua guardia; aquella milicia terrible fué sacada, en parte, de la cuna de nuestros padres, y ha venido a hacerse exterminar al lado de la nuestra. ¿Dió la *Lis* su flor a las armas de nuestros reyes?

Las costumbres españolas imprimen su carácter: los edificios de Gante me recordaban Granada, menos el cielo de la vega. Una gran ciudad casi sin habitantes, calles desiertas, canales tan desiertos como las calles... veintiséis islas formadas por estos canales, que no eran los de Venecia, una enorme pieza de artillería de la Edad Media: he aquí lo que reemplazaba en Gante a la ciudad de los Zegries, el Darro y el Genil, el Generalife y la Alhambra, antiguos sueños míos, ¿os volveré a ver más?

La duquesa de Angulema, embarcada en el Gironde, llegó por la vía de Inglaterra con el general Donnadieu y el señor Deseze, que había cruzado el Océano con su cordón azul por encima de la

casaca. El duque y la duquesa de Levis vinieron en la comitiva de la princesa, después de haberse metido en una diligencia y huyendo de París por el camino de Burdeos. Los viajeros, sus compañeros, hablaban de política. «Ese malvado de Chateaubriand, decía uno de ellos, no es tan torpe; pues ya hacía tres días que estaba su coche preparado en el patio. ¡No hubiera sido malo que Napoleón le hubiese atrapado!»

La duquesa de Levis era una bellísima persona; muy buena y tan tranquila como la duquesa de Duras agitada; no abandonaba a la señora de Chateaubriand, y en Gante fué nuestra asidua compañera. Nadie ha derramado en mi vida más quietud, y los momentos menos perturbados de mi existencia son los que pasé en Noisiel en casa de esta mujer, cuyas frases y sentimientos no entraban en el alma sino para dejar en ella la serenidad.

El recuerdo de la señora de Levis es para mí como el de una silenciosa noche de otoño. Pasó en pocas horas, y se mezcló a la muerte como a la fuente de todo reposo. La oí descender sin ruido a su tumba, en el cementerio del Padre Lachaise, tumba colocada cerca de la del señor de Fontanes, que descansa al lado de su hijo Saint-Marcellin, muerto en desafío. Así fué cómo, al inclinarme ante el monumento de la señora de Levis, tropecé con otros dos sepulcros: el hombre no puede despertar un recuerdo sin despertar otros al mismo tiempo: las flores, que sólo se abren a la sombra, se dilatan durante la noche.

En Gante, como en París, existía el pabellón Marsan. Cada día llegaban a *Monsieur* noticias de Francia que engendraban el interés y avivaban la imaginación.

El señor Gaillard, antiguo orador, consejero en el tribunal real, amigo íntimo de Fouché, se hizo reconocer, y entró en relaciones con el señor de Capelle.

Cuando iba yo a casa de *Monsieur*, lo cual era raro, su servidumbre me hablaba con palabras encubiertas y muchos suspiros, de un hombre que (preciso era convenir en ello) se portaba a las mil maravillas, estorbaba todas las operaciones del emperador, defendía el barrio de *Saint-Germain*, etc., etc. El fiel mariscal Sault era también objeto de las predilecciones de *Monsieur*, y, después de

Fouché, el hombre más leal de Francia.

Un día se detiene un coche a la puerta de mi posada, y veo apearse de él a la baronesa de Vitrolles, que llegaba encargada de los poderes del duque de Otranto. Se llevó un billete escrito de mano de *Monsieur*, por el cual declaraba el príncipe profesar un agradecimiento eterno a aquel que salvase al señor de Vitrolles. Fouché no quería más, pues armado de este billete, estaba seguro de su porvenir en caso de restauración. Desde aquel momento sólo se trató en Gante de las inmensas obligaciones que se debían al excelente señor Fouché de Nantes y de la imposibilidad de volver a Francia sino por la mediación de este hombre justo: la dificultad estaba en que gustase al rey el nuevo redentor de la monarquía.

Después de los Cien Días, la señora de Custine me obligó a comer en su casa con Fouché, a quien había visto cinco años antes con motivo de la sentencia de mi pobre primo Armando. El antiguo ministro sabía que yo me había opuesto a su nombramiento, y como me consideraba poderoso, quería hacer las paces conmigo. Superficial, como todos los revolucionarios, llenando el aire de frases vacías, arrojaba un torrente de lugares comunes llenos de *destino*, de *necesidad*, de *derecho de las cosas*, mezclando a esta verborrea filosófica, otras frases muy curiosas sobre el progreso y la marcha de la sociedad, máximas impudentes en provecho del fuerte contra el débil. En todo lo que dijo no se le escapó un pensamiento escogido, una apreciación notable, y salí encogiéndome de hombros ante el crimen.

Jamás me perdonó el señor Fouché mi sequedad y el poco efecto que produjo en mí. Había pensado que yo reputaría por un coloso al energúmeno que, hablando del suelo de Lyon, había dicho: «Este suelo será trastornado, y sobre los restos de este pueblo soberbio y rebelde, se alzarán cabañas esparcidas, que se apresurarán a venir a habitar los amigos de la igualdad...»

«Nosotros tendremos el valor enérgico de atravesar las inmensas tumbas de los conspiradores... Es necesario que sus cadáveres ensangrentados, precipitados en el Ródano, presenten en las dos márgenes y en la desembocadura, la impresión del espanto y la imagen de la omnipotencia del pueblo... Nosotros celebraremos la



victoria de Tolón, y enviaremos esta noche doscientos cincuenta rebeldes bajo los hierros del rayo.»

Estas horribles bravatas no me asustaban, aunque el señor de Nantes hubiese diluido los crímenes republicanos en el fango imperialista; aunque el descamisado, metamorfoseado en duque, hubiera envuelto la cuerda de la linterna en el cordón de la Legión de Honor, no por eso me parecía, ni más hábil, ni más grande. Los jacobinos detestan a los hombres que no hacen caso de sus atrocidades, y que desprecian sus asesinatos: su orgullo se irrita como el de los autores cuyo talento se disputa.

NEGOCIACIONES DEL SEÑOR DE SAINT-LÉON, ENVIADO DE FOUCHE.—PROPOSICIÓN RELATIVA AL DUQUE DE ORLEÁNS. — EL SEÑOR DE TALLEYRAND. — DESCENTENTO DE ALEJANDRO CONTRA LUIS XVIII. — DICTAMEN DE LA BESNARDIERE. — PROPOSICIÓN INESPERADA DE ALEJANDRO AL CONGRESO. — DESPACHO DEL SEÑOR DE TALLEYRAND A LUIS XVIII. — DECLARACIÓN DE LA ALIANZA, TRUNCADA EN EL DIARIO OFICIAL DE FRANCFORT. — DIVERSOS VIAJES DEL PRÍNCIPE DE BENEVENTO A VIENA. — ME ESCRIBE A GANTE. — LOS CIEN DÍAS EN PARÍS. — SORPRESA DE BONAPARTE. — SE VE OBLIGADO A CAPITULAR CON LAS IDEAS QUE HABÍA CREÍDO SOFOCADAS. — QUIMERAS DE LOS LIBERALES. — CLUB Y FEDERADOS.—EL ACTA DE ABDICACIÓN. — CÁMARA DE LOS REPRESENTANTES CONVOCADA. — INÚTIL CAMPO DE MAYO.

Al mismo tiempo que Fouché enviaba a Gante al señor Gaillard para negociar con el hermano de Luis XVI, sus agentes en Basilea conferenciaban con los del príncipe de Metternich respecto a Napoleón II, y el señor de Saint-Léon, despatchado por este mismo Fouché, llegaba a Viena para tratar de la corona posible del duque de Orleáns. Los amigos del duque de Otranto no podían ya contar más con él que sus enemigos, porque, a la vuelta de los príncipes legítimos, mantuvo en la lista de desterrados a su antiguo colega, señor de Thibandeu; mientras que el señor de Talleyrand borraba o añadía al catálogo tal o cual proscrito, según le parecía.

El señor de Saint-Léon llevaba tres billetes a Viena, uno de los cuales iba dirigido al señor de Talleyrand. El duque

de Otranto proponía al embajador de Luis XVIII que, si se presentaba la ocasión, tratase del trono para el hijo de Igualdad. ¡Qué probidad en estas negociaciones! ¡Qué dicha la de tratar con gentes tan honradas!

El señor duque de Orleáns no conspiraba de hecho; pero prestaba su consentimiento: pues dejaba intrigar las afinidades revolucionarias: ¡hermosa sociedad!

El plenipotenciario del rey de Francia prestaba oídos a las proposiciones de Fouché. A propósito del arresto del señor de Talleyrand en la barrera de Enfer, dije cuál fué hasta entonces su idea fija sobre la regencia de María Luisa: luego tuvo que avenirse a la eventualidad de los Borbones; pero siempre estaba inquieto, porque le parecía que, bajo los herederos de San Luis, un obispo casado jamás estaría seguro de su plaza. La idea de substituir la rama segunda a la primogénita le agradó bastante, y tanto más, cuanto que había tenido antiguas relaciones con el Palais-Royal.

Tomando un partido, pero sin descubrirse por completo, aventuró a Alejandro algunas palabras del proyecto de Fouché. El zar había dejado de interesarse por Luis XVIII, porque éste le había herido en París con su afectación de superioridad de raza, y también al desechar el matrimonio del duque de Berry con una hermana del emperador. Se desechara la princesa por tres motivos: porque era cismática, no tenía un antiguo origen y era de una familia de locos, razones que, aun cuando no se presentaban descubiertamente, ofendían a Alejandro. Como última queja contra el viejo soberano del destierro, el zar acusaba la alianza proyectada entre Inglaterra, Francia y Austria. Por lo demás, todo el mundo pretendía heredar de los hijos de Luis XIV: Benjamín Constant, en nombre de la señora Murat, defendía los derechos que la hermana de Bonaparte creía tener al reino de Nápoles, y Bernadotte echaba una mirada lejana sobre Versalles, aparentemente porque el rey de Suecia venía de Pau.

La Besnardiere, jefe de sección en el ministerio de Estado, bosquejó un cuadro de los agravios y contradicciones de Francia, sobre la legitimidad, y el señor de Talleyrand encontró medio de hacer conocer este escrito a Alejandro: descontento y movable, chocó al autócrata el folleto de La Besnardiere.

re, y de repente, en pleno congreso y con estupor de todos, el zar preguntó si no sería materia de deliberación el examinar en qué podría convenir el duque de Orleáns, como rey, a Francia y a Europa. Tal vez es ésta una de las cosas más sorprendentes de estos tiempos extraordinarios, y tal vez es más extraordinario quizás, que se haya hablado tan poco de ella. Lord Clancarthy hizo fracasar la proposición rusa; su señoría declaró no tener poderes para tratar de una cuestión tan grave: «En cuanto a mí—dijo opinando como simple particular—, creo que poner al señor duque de Orleáns en el trono de Francia sería reemplazar una usurpación militar por una usurpación de familia, mucho más peligrosa a los monarcas que todas las demás usurpaciones.» Los miembros del congreso se fueron a comer, y señalaron con el cetro de San Luis la página donde habían llegado en sus protocolos.

Con estos obstáculos que encontró el zar, dió media vuelta el señor de Talleyrand, y previendo que resonaría el golpe, notificó a Luis XVIII (en un despacho que yo he visto y que llevaba el número 25 o 27) la extraña sesión del congreso: creíase obligado a informar a S. M. de un hecho tan exorbitante, porque esa noticia no tardaría en llegar a oídos del rey: ¡singular candidez para el príncipe de Talleyrand!

Se había tratado de una declaración de la alianza, a fin de advertir al mundo que no se pretendía imponer a Francia ni una forma obligada de gobierno, ni un soberano que no fuese de su elección. Esta última parte de la declaración se suprimió, pero fué positivamente anunciada en el diario oficial de Francfort. Inglaterra, en sus negociaciones con los gabinetes, se vale siempre de este lenguaje liberal que sólo es una precaución contra la tribuna parlamentaria.

Bien se ve que en la segunda restauración, lo mismo que en la primera, los aliados no se cuidaban del restablecimiento de la legitimidad: la casualidad lo hizo todo. ¿Qué importaba a soberanos cuya vista era tan corta, que fuese degollada la madre de las monarquías de Europa? ¿Les impediría esto dar fiesta y tener guardias? ¡Hoy día están tan sólidamente sentados los monarcas con el globo en una mano y la espada en la otra!

El señor de Talleyrand, cuyos intereses estaban entonces en Viena, temía

que los ingleses comprometieran el ataque antes de que todos los ejércitos estuviesen en línea, y que el gabinete de Saint-James adquiriese así la preponderancia. Por eso deseaba que el rey entrase por las provincias del Sudeste, a fin de que se encontrara bajo la tutela de las tropas del Imperio y del gabinete austriaco. El duque de Wellington había dado orden de no comenzar las hostilidades. Bonaparte fué quien quiso la batalla de Waterlloo, pues no se detienen los destinos de semejante naturaleza.

Estos hechos históricos, los más curiosos del mundo, han sido ignorados por la generalidad, y de la misma manera se ha formado una opinión confusa de los tratados de Viena relativos a Francia. Se les ha creído la obra inicua de unos cuantos soberanos victoriosos encarnizados en nuestra pérdida, pero desgraciadamente fueron envenenados por una mano francesa: cuando el señor de Talleyrand no conspira, trafica.

Prusia quería obtener Sajonia y Francia debía favorecer este deseo, porque obteniendo Sajonia una indemnización en los círculos del Rin, nos quedaba Landau, Coblenza y otras fortalezas formarían un pequeño Estado amigo, que, colocado entre nosotros y Prusia, impediría los puntos de contacto: así no se entregaban las llaves de Francia a la sombra de Federico. Pero por tres millones que costó a Sajonia, el señor de Talleyrand se opuso a las combinaciones del gabinete de Berlín, y para obtener el asentimiento de Alejandro a la existencia de la antigua Sajonia, tuvo que abandonar al zar la Polonia. Los soberanos de Nápoles se rescataron por dinero, y el señor de Talleyrand pretendía tener derecho a una subvención en cambio de su ducado de Benevento: al dejar al amo vendía la librea. Benevento, por su parte, en virtud del restablecimiento de los antiguos tratados, dependía otra vez de los Estados de la Iglesia.

Tales eran las transacciones diplomáticas que tenían lugar en Viena, en tanto que nosotros permanecíamos en Gante, donde recibí esta carta del señor de Talleyrand:

Viena, 4 de mayo.

«Con mucho placer he sabido, caballero, que estabais en Gante, puesto que las circunstancias exigen que el rey esté rodeado de hombres fuertes e independientes,